
CHINA:

¿Contradicciones constructivas?

Robin Munro



A partir del punto culminante de la reforma liberal de mediados de 1986, la escena política china sufrió progresivamente, a principios del presente año, un imprevisto y drástico bandazo hacia la izquierda maoísta.

Al frente de este repentino retroceso conservador figura una amplia representación de veteranos líderes del partido y del Ejército, de casi 80 ó 90 años en su mayoría, muchos de los cuales fueron víctimas de la Revolución Cultural de Mao. No debe confundirse su pensamiento político con el «ultraizquierdismo» de la Banda de los Cuatro; en conjunto, su particular señal de identidad izquierdista parece más

afín al mucho menos radical «maoísmo de la corriente principal» de mediados de la década de 1950 o principios de la de 1960. Sin embargo, la preocupación manifiesta de esta facción dirigente de nuevo en ascenso porque el programa de reforma pudiera —al menos en su forma actual— estar llevando a China por el «camino capitalista», sugiere la posibilidad de que en la China de hoy aún pervi-

van con salud sentimientos maoístas mucho más radicales.

¿Cuáles son las cuestiones que están en el fondo de la actual crisis y cuáles son sus

orígenes históricos recientes? Evidentemente, las manifestaciones estudiantiles sirvieron de catalizador imprevisto. Pero para hallar la verdadera causa fundamental debemos mirar mucho más allá, en concreto a la cuestión sumamente delicada de la «reforma política» que la dirección china comenzó a debatir por primera vez de 1980.

Las reformas económicas, que comenzaron de hecho aquel año, han sido suficientemente polémicas; pero la cuestión de la reforma política ha resultado serlo mucho más, ya que concierne a materias relativas al poder del Estado y choca con los derechos y prerrogativas del Partido Comunista. Fue sobre todo la súbita y violenta reanudación del debate sobre la reforma política, a mediados de 1986, lo que incitó a los estudiantes chinos a tomar las calles en su propia ofensiva alternativa por la democracia. Los resultados, sin embargo, fueron muy distintos a lo que esperaban.

Las reformas del posmaoísmo: un consenso discordante

El programa reformista del partido nació en diciembre de 1978, en la célebre tercera sesión plenaria del XI Comité Central. Esta reunión señaló el ocaso de la dirección dogmática de Hua Guofeng, sucesora de Mao, y confirmó a Deng Xiaoping como nuevo líder supremo de China. Se proclamó el final de las «tempestuosas luchas de clases del pasado» y se fijaron la modernización económica y una mayor democracia como las principales tareas de la nueva era.

Desde entonces, el progreso económico ha sido ininterrumpido e impresionante, y

La reanudación del debate sobre la reforma política incitó a los estudiantes a su propia ofensiva alternativa por la democracia.

la liberalización cultural ha avanzado con rapidez; pero la democracia como tal ha seguido siendo en gran medida un ideal abstracto. El Movimiento para la Democracia, de carácter popular, pudo florecer durante algún tiempo, y la concepción de Wei Jingsheng, según la cual la democracia es la «quinta modernización» —de la que dependerían las «cuatro modernizaciones» oficiales de la economía— ha seguido teniendo eco en la vida política de China. Pero con la definitiva represión del movimiento en 1981, la dirección del partido indicó claramente que la democracia continuaría siendo un regalo exclusivo suyo, que concedería de la manera y en el momento en que estuviera preparada.

En agosto de 1980, Deng Xiaoping pronunció un importante discurso titulado «la reforma del sistema de dirección del partido y del Estado», en el que hacía un llamamiento para que China emprendiera un programa de reformas políticas. Los principales defectos del sistema que enumeró fueron cierta falta de separación entre el papel del partido y las funciones del Estado, la simultaneidad de la posesión y el ejercicio vitalicio de cargos oficiales, y la excesiva burocracia administrativa. Aunque las propuestas de Deng afectaban fundamentalmente a cuestiones de reorganización gubernamental, hubo, sin embargo, un notable y nuevo énfasis sobre los derechos democráticos populares. El objetivo político era «desarrollar en toda su plenitud la democracia del pueblo, y asegurar que el pueblo en conjunto disfrutara auténticamente del poder de administrar el Estado a través de diversos cauces efectivos, y especialmente de administrar el poder político en el nivel básico, así como todas las empresas». El discurso de Deng representó para muchos en China la luz verde de la «liberalización», y tuvo como consecuencia inmediata un debate abierto y de gran amplitud sobre la cuestión de la reforma política entre los principales teóricos del partido.

Algunas reformas políticas, relativas principalmente a la reorganización gubernamental, sí se realizaron. Pero la reforma del sistema de cuadros parece haberse encontrado con una gran oposición. Ciertos líderes del partido entrados en años se negaron a renunciar a sus cargos cuando se les requirió para ello, y la burocracia administrativa empezó pronto a proliferar de nuevo (hasta el punto de que las filas de cuadros parecen ahora más nutridas e infladas que nunca). Del mismo modo, el debate sobre la reforma política había servido para infundir nuevas esperanzas al vacilante Movimiento para la Democracia, varios de cuyos líderes se presentaron como candidatos independientes en las elecciones municipales de finales de 1980. En la Escuela de Profesores de Humanidades de Changsha, provincia de Hunan, la injerencia ilegal de cargos del partido en estas elecciones provocó graves disturbios, y los estudiantes boicotearon

las clases, realizaron una huelga de hambre y celebraron manifestaciones públicas de protesta.

En concreto, el surgimiento del movimiento sindical libre de Solidaridad en Polonia parece haber reforzado considerablemente la oposición conservadora en China a la idea de una mayor democratización política; la primavera siguiente, el Movimiento para la Democracia fue sofocado definitivamente, y sus dirigentes Wang Xizhe y Xu Wenli, neomarxistas liberales y simples trabajadores, fueron condenados a catorce y quince años de prisión, respectivamente. Incluso la limitada liberalización cultural que habían engendrado las reformas de 1980 resultaron inaceptables para los líderes más conservadores, y en el verano de 1981 hubo una activa (aunque efímera) campaña contra el «liberalismo burgués», instigada en gran parte por los militares.

La reforma política como tal fue, por tanto, aplazada varios años. Sin embargo, la reforma económica siguió siendo la

tarea más importante, y Deng y sus colegas reformistas encauzaron sus principales energías hacia este ámbito en la primera mitad de la década de 1980. La primera etapa se centró en la agricultura, en donde la institución del «sistema de responsabilidad» dio vía libre a las iniciativas campesinas, culminando en la descolectivización y en la supresión, en 1984 y 1985, de las comunas populares. Quizá inevitablemente, sin embargo, estos acontecimientos engendraron entre los conservadores del partido sospechas de un retroceso hacia el capitalismo. El creciente interés público en el estilo de vida y las ideas «capitalistas» que había surgido hacia la misma época como consecuencia de la política china de «puertas abiertas» en materia de comercio y cooperación con Occidente no calmó en modo alguno estas inquietudes.

Parece que incluso los miembros más

**La amplia despolitización
de la sociedad
y el fomento general del
consumismo de los últimos años han
provocado varios males sociales.**

conservadores de la dirección posmaoísta se convencieron de la necesidad de estas reformas económicas, pese a sus efectos socialmente «peligrosos», y por ello se abstuvieron de criticarlas directamente. Por el contrario, a partir de comienzos de la década de los 80 comenzaron a abrazar la causa de la «civilización espiritual socialista», dirigida a inculcar los valores socialistas y los ideales comunistas a los ciudadanos chinos, en un intento de la retaguardia de frenar los efectos sociales más adversos de la política de «puertas abiertas». Dado que éste era un objetivo que podían compartir también los miembros de la dirección más proclives a la reforma, el proyecto de «civilización espiritual socialista» pareció representar inicialmente un ámbito de firme causa común y no ser muy polémico.

No obstante, la enérgica reactivación del debate sobre cuestiones políticas e ideológicas que tuvo lugar a principios de 1983, cuando destacados teóricos del partido empezaron a abogar por un «huma-

nismo socialista», hablando abiertamente de la «alienación bajo el socialismo» y exponiendo de nuevo agudos argumentos en favor de la democracia real, pronto dio un cariz muy diferente a las cosas. Los conservadores del partido reaccionaron con notable ferocidad, y en el invierno de aquel año lanzaron una formidable campaña izquierdista contra la «contaminación espiritual» que venía de Occidente. Con este escalofriante cambio de contexto, que dejó a los intelectuales chinos en un estado de profunda conmoción, el proyecto de «civilización espiritual socialista» comenzó a aparecer más como el bastión ideológico de los conservadores del partido que como un empeño común de las dos alas de la dirección.

Los reformadores del partido eludieron de nuevo con habilidad el desafío acelerando las reformas económicas en el campo: se fomentó la aparición de «empresarios socialistas» semicapitalistas y se hizo un llamamiento a los campesinos chinos para «hacerse ricos rápidamente». Los conservadores fueron, así, burlados, al volver la dirección de la reforma de Deng al terreno más consensual de la economía. Esta relativa unanimidad respecto de las reformas económicas se hizo mucho más cuestionable, sin embargo, cuando en el verano de 1984 éstas se extendieron a las ciudades. Su filosofía de «hacerse rico rápidamente», junto con la introducción de una concepción cercana a la del libre mercado y un entusiasmo ya escalofriante por el estilo de vida «burgués», resultó ser una mezcla explosiva para la población urbana china. Tanto es así que en los últimos años se viene exigiendo a los defensores conservadores de la pureza socialista china que realicen esfuerzos correctivos casi frenéticos en la esfera de la «civilización espiritual socialista» (como, por ejemplo, en la política de «cinco esfuerzos, cuatro bellezas y tres ardientes amores»).

Durante el primer semestre de 1985 tuvo

**La reforma urbana
representa una amenaza directa
para el poder y para los
intereses personales de
los burócratas intermedios y bajos.**

lugar una decidida reanudación de la breve campaña contra el «liberalismo burgués» de 1981. Hu Yaobang y Deng Xiaoping mostraron también su firme apoyo a la campaña antiliberal. Según Deng «practicar el liberalismo burgués es tomar la vía capitalista. Debemos oponernos a todas las tendencias, palabras o actos que sigan la vía capitalista». Esta campaña de 1985 fue el antecedente más claro y directo de la actual tendencia conservadora de China. En septiembre de 1985, Chen Yun, el más destacado líder conservador, no sólo advertía de los peligros de la corrupción moral y de la falta de celo revolucionario, sino que incluso criticaba abiertamente aspectos de las propias reformas económicas, como el relativo abandono de la producción de cereales en favor de los cultivos de rentabilidad inmediata.

Hay que decir que los recelos de los conservadores hacia la reforma no son en modo alguno infundados. La amplia despolitización de la sociedad y el fomento general del consumismo de los últimos años han provocado varios males sociales bastante notables que van desde el mero individualismo egoísta a la desenfrenada corrupción oficial. Del mismo modo, la propia reforma económica ha adolecido de varios defectos graves, como el abandono generalizado y potencialmente desastroso del mantenimiento y de la inversión en infraestructura agraria, y el exceso de inversión en importantes obras de construcción urbana que hizo descender peligrosamente las reservas de divisas. Por último, ancianos dignatarios del partido y del Ejército como Peng Zhen, Bo Yibo y Wang Zhen están sin duda, verdadera y profundamente ofendidos por los diversos signos, a menudo muy visibles, que ponen en evidencia la progresiva «occidentalización» de China, y no en menor grado, quizá, por los recuerdos que éstos les traen del anterior sometimiento y humillación «semicoloniales» de China.

Sin embargo, pro-

bablemente sea el verdadero contenido económico de las reformas urbanas, más que su efecto adverso sobre la moralidad socialista, lo que ha resultado ser el mayor

La dirección reformista argumentó el año pasado que no se podía seguir adelante con las reformas económicas sin un auténtico cambio político.

factor de divergencia política para el partido. El principal mensaje de la dirección reformista a los funcionarios del partido es, en los últimos dos años, que se retiren de los asuntos económicos y dejen las cosas en manos de los gerentes y expertos de empresas. La reforma urbana representa, pues, una amenaza directa para el poder y para los intereses personales de un gran número de burócratas de rango intermedio y bajo. Esto, a su vez, la hace potencialmente peligrosa para la estabilidad y la armonía sociales, ya que, por todos sus defectos, la burocracia es todavía el único instrumento normativo que tiene la dirección china, y hay que tomar en serio, por tanto, su descontento.

Aunque las dos alas de la dirección atribuyen gran valor al mantenimiento de «la estabilidad y la unidad» en la sociedad, para los conservadores del partido esto es incuestionablemente, y casi por definición, el interés supremo. Por tanto, parece probable que se hayan sentido obligados a hacerse eco y a representar, al más alto nivel, las diversas cuitas y quejas de la burocracia sobre las actuales reformas. En cualquier caso, cuando las reformas económicas empezaron a inmiscuirse en el territorio político conservador, pareció que se llegaba a un callejón sin salida.

El debate de la reforma política de 1986

En abril y junio del pasado año, después de un intervalo de casi seis años, Deng Xiaoping pronunció de nuevo discursos pidiendo la reforma de la estructura política china. Durante la primera mitad de 1986 se publicaron en la prensa numerosos informes en los que se describían casos de obstaculización de la labor de los reformadores de la empresa,

e incluso de su persecución directa, por cargos locales del partido que temían una reducción de su propio poder. Sectores de la dirección reformista, encabezados por el propio Deng, parecían por tanto haber decidido que la única solución real a este problema de obstrucción burocrática era llevar a cabo una «reestructuración» básica del propio sistema político. Mientras las propuestas formuladas por Deng en 1980 habían tenido una relación poco evidente con la economía, por tanto pudieron quedar en suspenso, el argumento que presentó la dirección reformista el pasado año era que no se podía seguir adelante con las reformas económicas sin un auténtico cambio político.

Pisando los talones de un espectacular renacimiento de la política de liberalización cultural y académica de las «cien flores» de 1956 en su decimotercer aniversario, la estrecha vinculación que hacía Deng de la reforma económica con la reforma política se interpretó en amplios sectores de China como el toque de clarín que llamaba a unas reformas totales e integradas que abarcaran la mayor parte de los principales aspectos de la sociedad. La consecuencia casi inmediata fue un debate sin precedentes por su audacia y por la ausencia de censura entre destacadas personalidades académicas y teóricos del partido.

Como declaró con entusiasmo una de las personas que contribuyeron a este debate: «La reforma de la sociedad china no debe ser ni un solo económico ni un dúo político y económico. Debe ser una majestuosa sinfonía en la que haya una reforma económica, política, ideológica y cultural». Más aún, un destacado teórico del partido, Li Honglin, manifestaba el pasado mes de junio, con un argumento que recuerda inevitablemente el concepto de la «quinta modernización»: «Si estamos sinceramente a favor de construir las cuatro modernizaciones, necesitamos imperiosamente la democracia y damos la bienvenida entusiasta a la democracia,

porque la democracia es en realidad la condición política indispensable para la realización de las cuatro modernizaciones». Efectivamente, un mes antes, el propio *Diario del Pueblo* había declarado en uno de sus titulares que «Sin democracia socialista no habrá ninguna modernización socialista».

En general, los más destacados reformadores del partido parecían estar de acuerdo esta vez en que había que tomar importantes medidas para reducir algo que se había convertido en el control total del propio partido sobre el mismo poder. El principio de «dirección del partido» seguía siendo lo fundamental, sin embargo, por lo que se presentaba difícil hallar la cuadratura de ese círculo. En un debate de mayor alcance se propusieron las siguientes ideas fundamentales. Primero, debe haber una mayor descentralización o

«división vertical del poder», cediendo los burócratas parte de su exceso de poder a los que están en niveles inferiores. Segundo, los órganos del partido deben desvin-

cularse de las actividades económicas y gubernamentales locales y dedicarse, en su lugar, a proporcionar una «orientación política e ideológica». Tercero, deben ampliarse los derechos civiles y los procesos electorales, y los congresos populares deben convertirse, en todos los niveles, en auténticos órganos de poder y supervisión del Estado. Cuarto, debe instituirse un sistema de «comprobaciones y balances socialistas» o «mecanismos restrictivos» entre el partido, por un lado, y el Gobierno, el poder legislativo y el judicial por el otro. Por último, debe concederse un papel mayor a los diversos «partidos democráticos» no comunistas chinos, ampliando la antigua política de «frente unido».

En un nivel inferior, en el debate entre personalidades académicas y expertos en ciencias sociales, las propuestas fueron a menudo mucho más radicales. Como comentó el pasado año el director de un dia-

rio nacional chino: «Los políticos conservadores quieren limitarlo todo a una reforma del sistema de cuadros y a una racionalización de la estructura del Gobierno. Los teóricos más liberales subrayan la participación de las masas y la división de poderes entre los diversos componentes del Estado». En concreto, argumentaban que la tarea principal a la hora de llevar a cabo la reforma política debe ser la creación de una libertad de prensa y una libertad de expresión verdaderas, y el establecimiento de estructuras e instituciones democráticas que den un poder real a los ciudadanos chinos.

Quizá las ideas más trascendentales eran las que pedían que el tipo de libertad, de alternativas y de diversidad implícito en la actual política económica se reflejara también en la arena política. Algunos escritores argumentaban, por ejemplo,

¿Hasta qué punto se debía permitir que el proceso de modernización de China implicara la absorción de valores e instituciones de Occidente?

que es la «economía de productos básicos», más que la propiedad pública por sí misma, lo que sienta las bases para una auténtica democracia socialista, ya que

los productos básicos «nacen libres e iguales» y «no reconocen cosas tales como antecedentes *status* social o privilegios». Otros predecían la aparición de China de grupos de presión política procedentes de estratos como la *intelligentsia* urbana y los empresarios rurales (los que se «hicieron ricos primero»).

La cuestión más polémica de todas, sin embargo, era hasta qué punto se debía permitir que el proceso de modernización de China implicara la absorción de valores e instituciones de Occidente, un dilema cultural permanente en la lucha que libra China desde hace ya 150 años en pro de una autoafirmación nacional en el mundo moderno. En el debate del pasado verano, incluso figuras prominentes como Zhu Houze, entonces jefe del departamento de propaganda del partido, y Yan Jiaqi, director del Instituto de Ciencias Políticas de la Academia de Ciencias So-

ciales china, subrayaron la necesidad de que China tomara prestados elementos no sólo de la ciencia y de la tecnología occidentales, sino también de su cultura y su ideología, e incluso, en su caso, de su marco político.

Era seguro que estas ideas provocarían la indignación de los conservadores. En conjunto, los reformadores de esta tendencia más radical pedían simplemente el desmantelamiento de las barreras artificiales frente a Occidente para que pudiera seguir su curso sin obstáculos el necesario proceso de selección y rechazo culturales. Más aún, afirmaban patrióticamente la capacidad cultural de China para resistirse a cualquier influencia «insana» de Occidente. Estos reformadores serían, sin embargo, denunciados posteriormente por los conservadores como defensores de la «occidentalización total». (Poco ayudaron a su causa comentarios como el del novelista Zhang Xianliang: «Una vez que el pensamiento capitalista deje de ser un crimen, se habrá eliminado la última barrera psicológica en el pueblo».) Este modo de hablar es anatema para los conservadores del partido, que piensan que la «puerta abierta» a Occidente ya está, para su gusto, demasiado entreabierta.

Por lo que respecta a los conservadores, ellos pedían claramente una fuerte inyección de «civilización espiritual socialista» como sedante para contrarrestar los efectos sociales más amplios de toda esta alarmante innovación ideológica; en realidad, como antídoto para el crecimiento aparentemente ilimitado del propio movimiento de reforma política. Por si acaso, en el sexto pleno del partido de septiembre de 1986 hubo efectivamente un importante renacimiento del proyecto de «civilización espiritual». Pero el documento final que surgió de esta reunión mostraba indicios de un compromiso entre las dos alas de la dirección en el que los conservadores habían perdido, desde luego, mucho terreno.

Hasta ahora se había dicho siempre que el elemento fundamental del proyecto de «civilización espiritual» era la promoción de los «ideales comunistas», término inflexible utilizado por los conservadores. Sin embargo, el sexto pleno decidió que era demasiado ambicioso y poco realista tratar de unir a la población alrededor de este objetivo y que la tarea central debía ser, por el contrario, cultivar los mucho más moderados «cinco amores»: a la madre patria, al pueblo, al trabajo, a la ciencia y (el último de la lista) al socialismo. Se había abierto, así, una grave brecha en el propio bastión ideológico conservador, ya que estos fines, aunque formulados con gran fuerza, exigían tan poco de la población que eran casi amables.

Los principales conservadores del partido no estaban por tanto de humor a finales de 1986 para hacer ninguna concesión más en cuestiones políticas e ideológicas, y las manifestaciones estudiantiles lo único que provocaron fue que se alcanzara, de un modo espectacular, el punto álgido de la crisis.

El debate desarrollado en China el pasado año sobre la reforma política fue, sin lugar a dudas, el acontecimiento más iconoclasta y prometedor del país desde hacía más de dos décadas. Más aún, el reciente desarrollo creativo del marxismo en China y la voluntad general de abandonar a las vacas sagradas socialistas, al trazar la senda hacia el «socialismo con características chinas», pareció haber suscitado el año pasado la admiración y la envidia del líder soviético Mijail Gorbachov, que dijo al parecer a sus asesores con exasperación: «Dejen de criticar las reformas chinas: ¡estúdienlas!». La nueva política soviética de «apertura» (*glasnost*) se inspiró probablemente en gran medida en el ejemplo reciente de China, y los actuales

cambios de opinión izquierdistas en China contienen una lección de máximo interés para Gorbachov.

De un modo significativo, el sexto ple-

El debate del pasado año sobre la reforma política fue el acontecimiento más iconoclasta y prometedor desde hacía más de dos décadas.

no de septiembre omitió incluir formalmente la tarea de la reforma política en la agenda de trabajo inmediato del partido. Este fue, sin duda, el precio pagado a los conservadores por su adaptación a la degradación definitiva de la «civilización espiritual», pero fue probablemente sólo un revés menor para los reformadores, dado que la reforma política, en cualquier caso, había estado en la fase de discusión sólo cuestión de meses, y su inclusión formal en la agenda de trabajo habría sido, probablemente, de algún modo prematura. Hacia finales de 1986, la dirección del partido afirmó que el debate sobre la reforma política continuaría en los meses siguientes, y que se elaboraría un plan que se presentaría ante el próximo décimo tercer congreso del partido (que deberá celebrarse en octubre de 1987). Con este fin, se creó un «grupo dirigente para la reforma política» de veinte miembros, encabezado nada menos que por Zhao Ziyang, y al que pertenecían otras figuras tan destacadas como Hu Qili. La dirección advirtió, sin embargo, que se podían suscitar las esperanzas populares de un modo poco realista si el debate iba demasiado lejos en su primera fase. Deng Xiaoping fue especialmente cauto, advirtiendo que la reforma política llevaría «por lo menos una década» y que transcurrirían «veinte o treinta años antes de las elecciones nacionales». (Difícilmente puede acusarse a Deng de alarmista.) Pero el debate sí se extendió a lo largo y a lo ancho, y a nivel popular se cobraron nuevas esperanzas.

Las manifestaciones estudiantiles

Igual que en 1980, cuando el debate oficial sobre la reforma política provocó una respuesta inesperada en la calle, en forma de un renacimiento de la actividad del Movimiento para la Democracia y de una participación independiente de los estudiantes en las elecciones locales, el debate del año pasado en el seno del partido iba a tener también graves e imprevistas conse-

Las principales exigencias de los estudiantes eran políticas: democracia, libertad de expresión y libertad de prensa.

cuencia sociales. Con la diferencia de que en esta ocasión el sonido que llegaba de la calle no fue un murmullo, sino un clamor.

Los estudiantes que se manifestaron en diciembre pasado abrigaban ciertos descontentos de carácter más personal, relacionados principalmente con la calidad de la comida, el alojamiento y las condiciones de estudio. Pero sus principales exigencias eran políticas: democracia, libertad de expresión y libertad de prensa. Aunque estas aspiraciones no estaban muy elaboradas ni teorizadas, como era el caso cuando era el Movimiento para la Democracia el que protestaba, se expresaron con una vehemencia mucho mayor —y se manifestó un número muy superior de personas— de la que haya tenido cualquier protesta desde la muerte de Mao. Plantearon así un poderoso desafío al Gobierno.

Pero, ¿qué había movido a los estudiantes a actuar con tal audacia y determinación? Probablemente hubo razones de diversa índole. Ante todo, la intensificación del clima de reforma del último semestre del año pasado había avivado las llamas del malestar estudiantil, y los campus de China resultaron ser el foco más sensible a las expectativas generalizadas de cambio democrático. Pero los acontecimientos internacionales, transmitidos casi instantáneamente por televisión vía satélite, también pueden haber desempeñado su papel. Espectáculos como las recientes manifestaciones estudiantiles en París, los disturbios contra Moscú en el Kazakhstán, las primeras elecciones pluripartidistas en Taiwan y, finalmente aunque no en último término, la revolución del «poder popular» de corazón Aquino en Filipinas (a la que se aludía en varios murales de Beijing) deben haber ofrecido modelos sugestivos a los jóvenes chinos interesados en la democracia.

El deseo general de democracia se unió a preocupaciones más directamente per-

sonales en la cuestión de las elecciones libres. Como en el caso de los estudiantes de Changsha en 1980, los varios miles de estudiantes que se manifestaron públicamente en Hefei, provincia de Anhui, el pasado mes de diciembre, protestaban contra los arbitrarios intentos burocráticos de prohibir que los candidatos estudiantiles concurrieran a las elecciones. «¡Abajo las elecciones adulteradas!» y «¡No hay modernización sin elecciones!», decían sus pancartas.

El movimiento se extendió con extraordinaria rapidez —a Wuhan, Shenzhen, Kunming, Nanjing, Suzhou, Tianjin, Chongqing, Xian y Guangzhou (Cantón)— y, el 20 de diciembre, entre 50.000 y 70.000 estudiantes se manifestaban en las calles de Shanghai. La participación final de los estudiantes de Beijing, que estaban en la vanguardia de las pro-

testas políticas en Chi-

na desde el Movimiento cuatro de mayo de 1919, marcó el punto culminante y el momento crucial del impulso del movimiento. Su abierto

desafío a las autoridades al celebrar una manifestación el día de año nuevo en la plaza de Tian' anmen, pese a las prohibiciones gubernamentales, fue evidentemente la gota que colmó el vaso para la dirección del partido, que hasta entonces había mostrado una actitud sorprendentemente tolerante hacia el movimiento estudiantil.

En cuanto a las simpatías políticas globales de los estudiantes, hubo algunas peticiones «extremistas» (como el fin de la «autocracia monopartidista» y a favor de un «sistema pluripartidista»), pero el centro abrumador del movimiento apoyaba firmemente a la facción Deng, y sólo propugnaba el fomento de las medidas oficiales encaminadas hacia la reforma política. Como decía uno de los murales de la Universidad de Beijing, «El decimotercer congreso del partido deberá celebrarse en 1987, y el equilibrio de las fuerzas políti-

cas se manifestará en los cambios en el personal en el congreso. Si las fuerzas conservadoras levantan la cabeza, fracasará el programa de reforma. En este momento clave, la tarea urgente es apoyar a la facción reformista y crear el apoyo público para las reformas. Conectar las reformas y la democracia debe ser el objetivo del movimiento estudiantil». En otras palabras, la estrategia general de los estudiantes era muy similar a la del más antiguo Movimiento para la Democracia.

Sin embargo, habían ocurrido muchas cosas desde 1980. En concreto, el Congreso Nacional del Pueblo había declarado ilegales en el verano de 1980 las tradicionales «cuatro grandes libertades», que permitían el empleo de murales y la realización de tempestuosos debates en la calle. La dirección de China había llegado a considerar después que todos estos méto-

La mayoría del movimiento estudiantil apoyaba a Deng Xiaoping y sólo propugnaba el fomento de las medidas oficiales encaminadas a la reforma política.

dos de «democracia amplia» simbolizaban el caos de la Revolución Cultural. Por tanto, pese a la reforma generalmente disciplinada y amable en que fueron realizadas, las acciones de los estudiantes en apoyo de la reforma política estaban condenadas casi desde el principio a ser, en el mejor de los casos, inútiles y, en el peor, bastante contraproducentes.

Los estudiantes demostraron un gran valor desafiando a la policía y al Gobierno como lo hicieron —y también un considerable altruismo, pues como futuros integrantes de la élite de China tenían poco que ganar y mucho que perder al zanzanear el barco—. Pero algunas de sus actividades más temerarias revelaron también una notable ingenuidad política. En concreto, es muy posible que la quema ceremonial y pública por parte de los estudiantes de Beijing de ejemplares del *Diario del Pueblo* y del *Diario de Beijing* el día de año nuevo fuera una expresión elocuente de su resentimiento por haber sido mal interpretados por la prensa nacional; pero es probable que, como táctica política, fuera

la más auténticamente «inflamatoria» —y la que evocaba más directamente la Revolución Cultural— que podían haber elegido.

Considerándola retrospectivamente, parece que la «tolerancia» del Gobierno hacia los hechos de diciembre pasado reflejó sobre todo indecisión y falta de acuerdo en la dirección del partido, y después se convirtió a Hu Yaobang en el principal chivo expiatorio. Parece seguro que seguirá algún tipo de represalia oficial contra los estudiantes, probablemente en forma de puestos de trabajo remotos e inferiores para ciertos estudiantes cuando se gradúen, y cierto número de detenciones ejemplares. Aún está por ver la magnitud final de esta represión, pero podría ser de proporciones considerables. Aún así, las autoridades actuarán probablemente con una profunda cautela con respecto a la adopción de medidas represivas severas que pudieran aislar al futuro grupo de élite de China, así como por el posible efecto de reacción en cadena que pudieran tener sobre la actual *intelligentsia* en su conjunto.

Como anverso de esta política moderada en términos generales hacia los estudiantes, había un claro mensaje dirigido a los trabajadores chinos. De las aproximadamente veinte personas detenidas como consecuencia de las manifestaciones, se dijo que todas, excepto dos, eran «trabajadores», «personas desempleadas» o «agitadores externos». Aunque es posible que los detenidos pertenezcan realmente a estas distintas categorías, es sin duda notable que un movimiento abrumadoramente estudiantil consiguiera producir, aparentemente, tan pocos dirigentes propios. Las recientes reformas urbanas han hecho aumentar el suministro de productos alimenticios y de consumo, pero también han traído subidas de precios y acusadas diferencias en los ingresos, y la mayor preocupación del Gobierno en diciembre pasado fue probablemente evitar que

se produjese algún tipo de articulación entre la agitación estudiantil y el descontento de los trabajadores. El fantasma de una versión china del «agosto polaco» es sin duda remoto, pero aún están frescos en las mentes de los dirigentes chinos los recuerdos de la Revolución Cultural y los timbres de alarma se disparan con facilidad.

Los dirigentes conservadores ya habían mostrado su preocupación por los efectos sociales de la reforma económica, incluso antes de que Deng plantease el pasado verano la cuestión mucho más preocupante de la reforma política. La redefinición en el sexto pleno del proyecto de «civilización espiritual socialista» les había dejado entonces una base ideológica de poder muy debilitada para defender sus diversas quejas. Sin embargo, el mantenimiento de «la estabilidad y la unidad» en la sociedad constituye su última baza, así como el ser la línea de flotación del programa de reforma en lo que al propio Deng se refiere. Al tomar las calles en diciembre pasado, los estudiantes chinos propiciaron involuntariamente que los conservadores del partido jugasen esa carta.

La campaña contra el «liberalismo burgués»

El violento ataque de los conservadores adoptó inicialmente la forma de una campaña de prensa contra las manifestaciones estudiantiles, pero rápidamente y con una confianza cada vez mayor se amplió hasta alcanzar a los círculos e ideas más radicales adeptos al movimiento de Deng por la reforma política. Como decía el editorial del día de año nuevo del *Diario del Pueblo*: «Personas pertenecientes a ciertos círculos ideológicos y culturales, aprovechando la

La «tolerancia» del Gobierno hacia el movimiento estudiantil reflejó, sobre todo, indecisión y falta de acuerdo en la dirección del partido.

reforma y la apertura al mundo exterior, han emitido declaraciones que se desvían de los principios básicos». De forma aún más amenazadora, el *Diario del Pueblo* decía el

seis de enero a propósito de las manifestaciones estudiantiles: «Son el resultado de varios años de una corriente desenfrenada de liberalismo burgués, y de que algunos

**No cabe duda de que
Deng Xiaoping fue el principal
artífice del
polémico debate sobre
la reforma política.**

Este estandarte le viene a Deng como anillo al dedo. Su sorprendente flexibilidad mental en la esfera de la política económica no supone en modo alguno tole-

de nuestros camaradas no hayan tomado una postura clara y una actitud resuelta hacia esto». De modo significativo, la principal acusación vertida contra los acusados de «liberalismo burgués» es que abogaban por la «occidentalización total» de China. Efectivamente, a mediados de enero la lucha se definía en los términos apocalípticos de una lucha entre el camino socialista y el camino capitalista —una clara señal de que estaba en curso la mayor confrontación política en el seno del partido desde hacía una década. Los «cuatro principios cardinales» —adhesión al socialismo, dirección del partido, dictadura del proletariado y pensamiento marxista-leninista-maoísta—, anunciados por primera vez por Deng Xiaoping en marzo de 1979 en respuesta al reto político planteado por el Movimiento para la Democracia, parecían ahora el credo fundamentalista de unos dirigentes conservadores que intentaban recortar todo nuevo desarrollo creativo de la ortodoxia marxista. La baja principal de esta campaña fue, naturalmente, Hu Yaobang. La caída del más antiguo aliado de Deng en la dirección de la reforma planteó interrogantes sobre el futuro del propio programa de reforma, y puso en duda también la hegemonía de Deng en las estructuras de poder, no cuestionada anteriormente. El primer ministro Zhao Ziyang, al ser nombrado sucesor provisional de Hu, actuó con rapidez para disipar tales dudas afirmando que en realidad hacía años que Deng estaba gravemente enfrentado a Hu, en especial porque éste no había frenado el crecimiento del «liberalismo burgués» en el partido. Naturalmente, el propio Deng es presentado ahora —y, lo que es más importante, se presenta él mismo— como si siempre hubiera sido el más firme y resuelto oponente del «liberalismo burgués».

rancia ni siquiera para el menor asomo de amenaza para el «papel dirigente del partido». Como dijo en 1981: «La esencia del liberalismo burgués es la oposición a la dirección del partido». Sin embargo, tampoco cabe duda alguna de que Deng, enarbolando su otro estandarte, también fue el principal artífice del polémico debate del año pasado sobre la reforma política. Pero Hu Yaobang era mucho más abierto y conspicuo como defensor de ese debate. Su franco apoyo a la liberalización sirvió para dar a otros reformadores del partido una falsa sensación de seguridad, y contribuyó así a engendrar la plaga del «liberalismo burgués». Deng, que había iniciado la reforma política pero que seguía más circunspecto con respecto a ella, terminó transigiendo con su propia ala más radical y hubo de sacrificarse entonces a Hu Yaobang, que por otras razones ya era muy impopular en las altas esferas del partido, para aplacar la ira de los conservadores.

Las manifestaciones estudiantiles dejaron entonces peligrosamente expuesto a todo el movimiento de reforma (y en especial a su ala neomarxista más radical y especulativa), al virar estratégicamente hacia el centro los más importantes defensores de la reforma, lo mejor para rechazar la ofensiva conservadora. Efectivamente, en un claro intento de recuperar parte de la iniciativa, la dirección reformista tomó rápidamente la delantera al pedir represalias. La primera baja fue Fang Lizhi, vicerrector de la Universidad de Ciencia y Tecnología, que había apoyado abiertamente al movimiento estudiantil. Fang fue destituido y expulsado del partido, al parecer por orden del propio Deng. Hu Qili, destacado reformador y protegido de Deng, acusó después a Fang de ser el «Sajarov de China». (Dado que el original

acababa de ser rehabilitado en la Unión Soviética, era una afirmación irónica; sin embargo, si hay algo cierto en los rumores de que Fang está en la misma línea que el Premio Nobel de Física, puede resultar una profecía que se va a cumplir.) Los osados y polémicos escritores Liu Binyan y Wang Ruowang, víctimas de anteriores campañas políticas, fueron elegidos de nuevo como blanco de los ataques, y ambos fueron expulsados del partido. Se restauró rápidamente el control firme del partido en el mundo editorial. Más recientemente, un editor de literatura, Liu Xinwu, uno de los primeros exponentes de la «literatura de los heridos» de finales de la década de 1970, que puso al descubierto los sufrimientos y las injusticias de la Revolución Cultural, fue despedido por haber publicado un breve relato que se consideró difamatorio para el pueblo tibetano.

Aunque éstas y otras medidas similares difícilmente constituyen una purga, han bastado para hacer añicos la atmósfera previa de apertura y confianza intelectuales, y para generar una sensación de malos presagios en los círculos de pensamiento liberal —después de todo, casi todas las campañas izquierdistas en China desde 1949 han estado precedidas de críticas a la literatura y el arte—. Además, estos ataques sobre personas concreta difícilmente sirven para corroborar las tranquilizadoras promesas formuladas en enero a los intelectuales chinos por el viceministro Li Peng de que no iban a ser blanco de la campaña contra el liberalismo burgués. Este año señala el trigésimo aniversario de la notoria «campaña antiderechista» que intimidó a la clase intelectual durante una generación. La dirección del partido debe saber sin duda que toda repetición de esa persecución de la *intelligentsia* —incluso siguiendo las líneas relativamente limitadas de la campaña contra la «contaminación espiritual» de 1983— destruiría probablemente

de una vez por todas su confianza colectiva en la perdurabilidad de la política del partido, y representaría por tanto un golpe importante al programa de modernización del país.

Sin embargo, la campaña se ha centrado claramente en contra de importantes teóricos y políticos derechistas del partido. Parece probable que la campaña trienal de «rectificación del partido», dirigida principalmente contra el izquierdismo residual y que tenía que haber llegado a su fin, se amplíe ahora para abordar el problema del «liberalismo burgués» entre los 40 millones de miembros del partido. En la cabeza, todos los que antes defendían abiertamente la reforma política son atacados ahora implícitamente y algunos, como Zhuhouze, jefe de propaganda, ya han sido cesados.

Si Deng pretendía que la caída de Hu Yaobang sirviera de ofrenda para los con-

Es probable que los meses que faltan para el congreso del partido, en octubre de 1987, se dediquen a una importante lucha por el poder.

servadores, hasta el momento no ha cumplido su función. Un grupo de importantes cargos nombrados por Hu, entre ellos Hu Qili, Qiao Shi y su asociado Wang Zhaoguo, que vienen siendo elementos esenciales de la dirección de la reforma de Deng, se ha quedado con pocos medios de apoyo visibles, y es muy posible que se prescindiera de ellos sigilosamente en los próximos meses, si el propio Deng no interviene para contener el avance de los conservadores. La defenestración de Hu Yaobang ha desbaratado los planes diligentemente contruidos por Deng para una sucesión pacífica en la dirección en un futuro próximo, un proceso que dependía de los «segundos y terceros escalones» de estrellas reformistas más jóvenes, que Deng y Hu habían elaborado cuidadosamente. La reaparición forzosa de la gerontocrática vieja guardia en el primer plano de la escalera política de China, después de varios años de incómoda jubilación parcial, ha abierto de nuevo de par en par la pugna por el liderazgo, ya que

surge la posibilidad de que estos otros antiguos dirigentes tengan sus propios «escalones» alternativos que defender. Parece probable que los meses que faltan para octubre de 1987, fecha en la que se calculaba que el congreso del partido tenía que haber resultado fácilmente la cuestión de la sucesión, se dediquen ahora a una lucha por el poder de importantes dimensiones, a medida que las fuerzas conservadoras dentro del partido pongan su empeño en conseguir una posición privilegiada y una voz predominante en las filas de la dirección que suceda a Deng.

Pero, ¿y el programa de reforma? Zhao Ziyang, quien intervino como sustituto provisional de Hu en calidad de secretario general del partido, viene ocupándose valerosamente de la limitación de los daños, haciendo hincapié en que las políticas anteriores de China no se verán afectadas por la campaña contra la «liberalización burguesa». Sin embargo, una vez lanzadas, estas campañas son difíciles de controlar, especialmente en las bases y en el medio rural. Ideólogos izquierdistas como Deng Liqun muestran ciertamente pocos indicios de estar dispuestos a respetar los límites fijados por Zhao para la campaña actual. Ya hay informes de que la esfera de la reforma económica, tanto rural como urbana, se resiente de sus efectos negativos, ya que se está reeducando a los campesinos en las virtudes maoístas de «vida sencilla, trabajo duro e independencia» (frente a las más dengistas de «hacerse rico rápidamente»), y los directores de las fábricas tienen que compartir de nuevo el poder administrativo con los comités del partido. El nuevo énfasis puesto desde finales de enero en conceptos económicos más tradicionales, como «tomar el grano como el eslabón clave», y que aumentan el papel de la planificación central, podría ser asimismo un indicio de posibles rece-

la temprana descolectivización de la agricultura, es un llamativo y grave ejemplo de la facilidad con que puede fallar la reforma económica. Aquí, como en varias áreas más, los miembros de la dirección de mentalidad conservadora pueden alegar poderosos argumentos que respalden sus recelos acerca de la reforma.

Aunque es posible que se efectúen finalmente buena parte, o quizá incluso la mayoría, de las reformas económicas proyectadas, parece que por el momento hay pocas posibilidades de que la reforma política vaya más allá de la mesa de proyectos. Sin embargo, el fundamento del debate del pasado año era que las reformas políticas se convirtieran rápidamente en los requisitos previos necesarios para el nuevo avance económico. Los problemas hallados en el curso de la reforma económica urbana —derivados de la obstrucción burocrática y de normas básicas insuficientemente claras— parecen especialmente insolubles en este sentido, y el espacio para la maniobra puramente económica parece exiguo. Por tanto, la falta de empuje de la reforma política no significará el fin del movimiento de reforma en su conjunto, pero es muy posible que lleve a un relativo estancamiento. En cualquier caso, los oponentes conservadores al «liberalismo burgués» están ahora claramente en ascenso, y no es probable que esta vez queden satisfechos con concesiones meramente ideológicas en la esfera de la «civilización espiritual socialista». En efecto, parece probable que todo nuevo consenso sobre la naturaleza global de las reformas se adopte en gran medida de acuerdo con las condiciones que impongan los conservadores.

Las consecuencias del actual retroceso izquierdista se extienden, además, más

Occidente se ha visto recorrido de nuevo por insistentes dudas respecto a las perspectivas reales de una China sin Deng.

allá de China, ya que a Occidente, que había comenzado finalmente a convenirse de que la «puerta abierta» permanecería en esa situación, le han asaltado de

nuevo insistentes dudas con respecto a las perspectivas reales de una China sin Deng. Aunque es sumamente improbable que se cierre ahora la «puerta abierta», el espectáculo de una nueva lucha política interna en la dirección china ha tenido sin duda un efecto nocivo sobre la confianza comercial de Occidente en China. Ha aumentado evidentemente la angustia de la población de Hong-Kong con respecto a su futuro después de 1997.

También pueden estar en juego cuestiones de política exterior, normalmente el último área afectado por las periódicas luchas internas de China. Hace tiempo que las relaciones de China con Japón, su mayor socio comercial a través de la «puerta abierta», son tirantes, con un resentimiento generalizado de China por la actual «invasión económica» del Japón y por sus intentos de hacer borrón y cuenta nueva de los hechos ocurridos en la guerra chino-japonesa de 1937-1945. Hu Yao-bang era un entusiasta partidario de la relación económica con Japón, y su sucesión ha añadido una nueva y considerable tensión a las relaciones bilaterales. De modo crucial, aunque sea una apreciación más especulativa, el actual ascenso conservador podría llevar, si se consolida, a una aceleración del acercamiento chino-soviético a costa inevitablemente, de los Estados Unidos, aunque no es probable que se produzca ninguna perturbación importante de la actual «equidistancia» china de las dos superpotencias.

¿Ajuste o giro de 180°?

La pregunta clave dentro del país es ahora: ¿puede detener Deng el actual salto atrás del «derechismo» neomarxista con la postura factiblemente centrista que parece favorecer ahora? ¿O esa vuelta atrás se ha convertido ya en una desbandada izquierdista? A comienzos de marzo, la mayor parte de los indicios parecen

Todo el reciente programa de reforma en China depende de la excepcional presencia y apoyo dominante de un solo hombre.

apuntar más a lo segundo que a lo primero. Naturalmente, podría ser que el péndulo político esté en la actualidad en el punto más a la izquierda de una oscila-

ción atípicamente amplia, y que pronto se vuelva a adoptar la orientación principal de la reforma. Sin embargo, para que eso ocurra Deng necesitará casi con seguridad reafirmar su control personal sobre las estructuras políticas de un modo que, cuando ha tenido ocasión, ha evitado hasta el momento. Hasta ahora se ha conformado con pronunciar unas pocas palabras tranquilizadoras que aludían a un «no cambio» en la reforma interna y a «negocios como de costumbre» en las relaciones económicas con el extranjero, y con reeditar un discurso de 1962 que, si de algo sirven las interpretaciones ampliamente divergentes que acerca de su significado han formulado los analistas occidentales, no parece probable que haya aclarado mucho las cosas para el público chino.

Naturalmente, está surgiendo con rapidez la pregunta de si Deng puede mantener todavía las riendas de la vida política china. Tiene 83 años, y la defenestración de Hu (bien que a instigación en última instancia del propio Deng) debe haber empequeñecido sin duda de modo importante la estatura política y la influencia de Deng. Aunque es casi seguro que no dimittirá en el próximo congreso del partido, como inicialmente tenía intención de hacer, la enorme influencia hegemónica que ha ejercido en la era pos-Mao puede, no obstante, declinar finalmente. Porque hay algo en el actual salto atrás izquierdista en China que, en su confianza absoluta y en su tono estridente, huele a una absoluta falta de respeto hacia el reformador Deng —aunque le aplauda y le eleve en su papel alternativo de oponente inquebrantable del «liberalismo burgués».

Esta evidente contradicción de roles en la persona política de Deng, que ha aflojado en varias ocasiones clave desde el

tercer pleno de 1978, es una función quizá inevitable de su *status* de líder supremo del monolito partido-Estado, considerablemente menos unido de lo que afirma. Para ser un gran reformador eficaz y un visionario social, Deng necesita poner de su lado a la gran mayoría de la dirección del partido, y debe actuar también, por tanto, como un hábil centrista, especialmente en momentos de crisis como el actual (sin embargo, a este cuadro general debe añadirse la complicación derivada del hecho de que en el carácter político de Deng siempre ha habido una vertiente áridamente autoritaria; esto se reveló con la mayor claridad en 1957, cuando, como secretario general del partido, presidió la «campaña antiderechista»).

Sin embargo, al «sacrificar» a Hu Yaobang, ¿no ha compensado Deng con creces su antigua y estrecha identificación con el ala liberal reformista del partido? Dado

que los conservadores parecen inclinados a mover considerablemente más a la izquierda el lugar real del consenso del partido, quizá no sea ahora el momento tan-

to para compromisos «centristas» por parte de Deng como para una firme y resuelta defensa de la concepción social en sí misma.

Así pues, ¿se desechará al mismo tiempo el oro de la reforma junto con la arena del «liberalismo burgués»? Merece la pena recordar que, en esencia, todo el reciente programa de reforma en China depende de la excepcional presencia y apoyo dominante de un solo hombre, el propio Deng. Esto no implica que las reformas hayan carecido de apoyo público u oficial; nada más lejos de la realidad. La cuestión es simplemente que, casi con toda seguridad, sin Deng China no habría experimentado una transformación social que se aproximara ni remotamente en su magnitud a la de la «segunda revolución» que Deng ha perseguido con tanto éxito durante la mayor parte de la década pasada.

Así, el proceso de reforma en su conjunto está profundamente imbuido del carisma personal de Deng, casi del mismo modo en que la Revolución Cultural —aunque no debe insistirse en exceso en este molesto paralelismo— llevó la indeleble impronta personal de Mao.

Los diversos indicios políticos procedentes de Pekín en la actualidad son de signo tan dispar y tan confusos que sería insensato intentar cualquier predicción firme de cómo se resolverá la crisis actual. Quizá el peor resultado posible, que no es probable pero que no puede descartarse, sea que la China de después de Deng se introduzca en una lasitud y un conservadurismo burocrático semejante al de la era Breznev, ya que el cuerpo político leninista no se deja impresionar por el duradero agente irritante de la reforma. A la inversa, en la situación más optimista, puede ocurrir que Deng haya mantenido

durante todo el tiempo una mano firme, aunque invisible en gran parte, en el timón, y que el acto final de su brillante y turbulenta carrera sea volver a colocar a

China firmemente en el curso de la reforma.

La campaña actual contra el «liberalismo burgués» aparecería entonces como poco más que una última celebración bulliciosa por parte de los restos de la vieja guardia de la Revolución China —un senescente aunque bien intencionado reencuentro que fue un poco más allá de lo previsto. Todas las miradas se dirigen ahora al próximo congreso del partido, cuyo resultado podría decidir la suerte social, política y económica de China para lo que queda de siglo.

Una vez concluida la redacción de este artículo llegó la noticia de que Deng Xiaoping informó el 19 de marzo a un dignatario extranjero que visitaba el país que, después de todo, las reformas políticas estaban todavía en la agenda de trabajo en

China, y que en el decimotercer congreso del partido se desvelaría un plan provisional para estas reformas.

Esta espectacular intervención quería decir que Deng había cogido por fin al toro por los cuernos y comenzaba, pública y plenamente, a defender su «visión social» original. Al distanciarse bruscamente de los objetivos más radicalmente democráticos del ala neomarxista del movimiento reformista —y al haber asegurado más su retaguardia con la publicación de un nuevo volumen de discursos (también anunciada el 19 de marzo) en el que mostraba su línea siempre dura contra el «liberalismo burgués»— Deng se sentía ya, aparentemente, capaz de reanudar su anterior defensa de un programa de reforma política algo más modesto, un programa que no pondría en peligro el encomiado papel dirigente del partido.

Esto habrá contribuido en gran medida a restablecer la credibilidad política global de Deng, tanto en el seno de la dirección del partido como a los ojos del público. Del mismo modo, quizá los problemas sociales y económicos muy reales que las reformas están provocando puedan recibir ahora la atención directa, sin histerias, que requieren con tanta urgencia. Sin embargo, será muy difícil reparar el daño que los últimos acontecimientos han infligido a la propia causa de la reforma, y es-

pecialmente el golpe asestado a la confianza en sí misma de la intelligentsia. Deng se enfrenta ahora con una ardua lucha contra los dirigentes conservadores e izquierdistas que recientemente han tomado gran parte del terreno elevado de la ideología y de las instituciones y que siguen (desde su reducto del Congreso Nacional del Pueblo) bloqueando reformas clave del sistema de gestión empresarial. Sin embargo, por encima de todo, la búsqueda por parte de Deng de una especie de auténtica reforma política que intensificaría en la práctica, en lugar de deteriorar, el sagrado papel dirigente del partido es, en el fondo, problemática hasta el punto de ser casi contradictoria

Pero, del mismo modo, el socialismo chino se enorgullece desde hace tiempo de su capacidad maolista de hacer de una necesidad contradictoria una virtud constructiva. Y por lo menos la «contradicción» de la reforma política está ahora de nuevo en la agenda de trabajo del partido para ser resuelta. Los izquierdistas y conservadores veteranos se enfrentan una vez más a una reñida competición, al reunirse con ellos en la carrera hacia el congreso del partido el viejo caballo Deng —el favorito desde hace tiempo—.

© Socialist Affairs
Traducción: Fabián Chueca
y Bernadett Wang